

630057000001

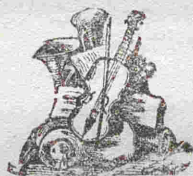
GALERIA DRAMÁTICA MALAGUEÑA

ces - XIX
148-4

¡¡FUNESTA CASUALIDAD!

Pieza en un acto y en verso, original

DE
D. José M. de Vivancos.
Representada en el teatro principal de Granada.



Núm. 14.

Precio 4 rs.

ABRIL DE 1855.

Málaga: La Ilustracion Española, Calle Nueva, núm. 61.

Esta Galeria es propiedad de D. José Garcia Taboadela; quien llamará ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, sin recibir para ello la competente autorizacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Mayo de 1844, relativas á las propiedades, de las obras dramáticas.

Málaga: Imp. de D. Francisco Gil de Montes,
calle de Cintería, núm. 3.

ACTORES

PERSONAJES

D. Mariano Fernandez	D. Cosme Vallabarez
» Gerardo Fariña	D. Gaspar
» Eusebio Carrasco	D. Enrique
» Francisco Valdivia	Antonio
Doña Ana M. Valentin	Isabel
» María Cruz	Doña Aurora
» Juana Cruz	Lucas

Acompañamiento de niños solos.

La escena es en Lima y en nuestros días.

PERSONAGES.

ACTORES.

D. Cosme Valladares.	<i>D. Mariano Fernandez.</i>
D. Gaspar	» <i>Genaro Pareja.</i>
D. Enrique.	» <i>Eugenio Camino.</i>
Antonio.	» <i>Francisco Valdivia.</i>
Isabel.	<i>Doña Ana M. Valentin.</i>
Doña Aurora.	» <i>Maria Cruz.</i>
Juana.	» <i>Jacinta Cruz.</i>

Acompañamiento de ambos secos.

La escena es en Granada y en nuestros dias.



ACTO ÚNICO.



El Teatro representa una sala bien amueblada en casa de Doña Aurora. Al levantarse el telon Juanita está limpiando con unos zorros, los muebles de la escena: son las nueve de la mañana.

Escena I.

Juanita sola.

Nunca capricho mas raro
pudo inspirar el demonio,
y el bendito matrimonio
pienso que vá á costar caro.
Vieja que en su crudo imbierno
busca novio, mal lo pasa,
pues ella mete en su casa
los tormentos del infierno.
Y el galan que desatina,
sin pensar en la resulta
únicamente consulta

los ojos de su sobrina.
 ¡La sobrina! ¡qué taimada!
 ¡Tan gazmoña! Por mi nombre
 que al monstruo que llaman hombre
 es tambien aficionada.
 Y dice que el bello astro
 de su esbelta juventud
 quiere, buscando quietud,
 empaderar en un claustro!
 De sevilla aquí ha venido
 cuando Vino D. Enrique;
 y por más que nos explique
 con su tono compungido
 el Santo fervor del alma
 que á todo goce prefiere,
 cierta estoy que ella no quiere
 que la entierren con la palma.
 En fin, que Dios le dé gracia
 á mi ama en su consorcio
 y no tenga otro divorcio
 ni otra terrible desgracia.
 ¡Pobre Señor! Ya la tierra
 cubre su negra mortaja:
 pero fué una buena alhaja
 que no nos dió mala guerra.
 De su fin la triste suerte
 supimos por un azar,
 y esto despues de ignorar
 mas de tres años su muerte.
 ¡Ola! El novio! bien se alcanza
 por su rostro su contento
 al ver que de un rompimiento
 pierde en todo su esperanza.

Escena II.

Juana, D. Enrique y Antonio con un envoltorio bajo el brazo.

ANT. Dios te guarde, blanca flor.
JUANA. Gracias mil por el cumplido.
¿Qué tiene el amo?

ANT. Aburrido
y empalagado... de amor.

JUANA. Señorito, mire usted
que es muy malo madrugar.

ENR. He tenido que comprar
unos enseres, y fué
impensada la salida.

JUANA. ¿Y... Doña Aurora? De hecho
habrá dejado ya el lecho!

JUANA. No, que aun está recogida.
Mas oyó la baraunda
que usted hiciera al marchar
y llamó, por preguntar?...

ENR. ¿Por mí?

JUANA. Sí.

ENR. (Dios la confunda!)

JUANA. ¿Quiere usted que á troche y moche
corra temprano una dama,
que nunca ocupa la cama
hasta las dos de la noche?

Y no es esto lo peor:

lo es cuando se desvela;

que á todos nos pone en vela
esigiendo con rigor

que le contemos un cuento

lleno de brujas, danzantes,

y fantasmas y gigantes

y duendes y encantamientos.

Primero fué su marido;

mas tarde yo le heredé:

- pero ahora es fuerza que usted se encargue del cometido.
- ENR. No me asustes; calla... calla! no me descorras la benda.
- ANT. Pues no es mala la prebenda: habrá vieja mas canalla!
- ENR. Su genio?...
- JUANA. No sé... (*Dudando*).
- ANT. ¿Te atrancas al decirnos lo mejor?
- JUANA. Malo.
- ENR. Su edad?
- ANT. Mas mayor que el archivo de Simancas.
- JUANA. Antonio! Cuenta que rompo mi silencio, y puedo hablar... (*Burlándose*). El ama aun puede bailar...
- ANT. Lo mismo que baila un trompo.
- JUANA. Y aunque oirlo no le cuadre no es tener nada de enteca, padecer de tos, jaqueca, histérico y mal de madre.
- ENR. Pues es una gran ventura
- ANT. Nunca señor, viene mal tener en casa hospital y abierta la sepultura.
- JUANA. Me voy; que hablando, derrocho el tiempo, y ya basta, pues debí darle sin falta el chocolate á las ocho.

Escena III.

—
D. Enrique, y Antonio.

- ENR. Ya lo escuchastes, Antonio; mi mal es cierto sin duda.

ANT. No se apure usted, y acuda...
 ENR. Como no acuda al demonio!
 Es voluntad de mi padre.
 ANT. Por que ignora su capricho:
 si usted ya le hubiera dicho...
 ENR. Qué he de decir!

ANT. Lo que cuadre
 al bien general de todos:
 el caso es salir con bien.
 ENR. Yo lo quisiera tambien.
 ANT. A Roma se vá por todo.

Con que á la carga, Señor:
 hablele usted al papá
 y al momento cederá,
 de buen grado en su favor.

Que disparate notorio
 fuera y delirio de fiebre,
 el tomar gato por liebre
 y por crema podrigorio.

Cierto es que en el garlito
 el caudal no coge; es claro:
 pero el género es muy caro,
 y á buen bocado, buen grito.

ENR. ¡Que me importal Bienes tengo
 y único soy en mi casa.

ANT. Pues entonces, ¿cómo pasa
 un minuto....

ENR. Me contengo
 porque aun mi labio no dijo
 á Isabel mi tierna cuita,
 y no sé...

ANT. La señorita
 tambien lo quiere: de fijo.

ENR. Tú que sabes, hablador,
 cuando al claustro destinada...

ANT. Señor, la mas remilgada,
 es la que miente mejor.
 Dá á S. Antonio bendito
 culto femenina tropa:
 y si no comen la sopa,

no es por falta de apetito:
Nunca es la muger ingrata
cuando un hombre la venera;
y si esto es así en cualquiera,
¿qué será en una beata?
En el instante primero
háblela usted decidido:

ENR.

que si usted le dice envido,
ella le dirá... lo quiero.
Muy pronto tu mente labra
planes, que son en conciencia
delirios de tu demencia.
¿Y mi padre? ¿Y su palabra?
¿Cómo la retira ahora,
ni como hallaremos trazas
para darle calabazas
á su amiga Doña Aurora?

ANT.

Pues si tanto inconveniente
encuentra usted para todo
aguante de cualquier modo
el latigazo presente.
Sea usted humilde vasallo,
y llevará usted en su union
por muger un escorpion
con tos, histérico y callo.

ENR.

Ese ruido, ¿qué es?

ANT.

El Señor: voy á ayudarle:

ENR.

Entremos á saludarle
y ya veremos despues.

Escena IV.

... Juana que sale.

Ya estamos en la palestra;
el ama viene tras mí,
y voy á ponerle aquí

todos sus diges de muestra.
(Andando en los cajones del tocador y sacando de ellos lo que indican los versos)

Flores, moñajos, aretes,
 pulseras; el cinturón,
 sortijas, y esta ración
 de polvos y coloretes.
 Ya resuena en mis oídos,
 pues debe estar preparada
 la mas atroz cencerrada
 que escucharon los nacidos.
 Cuanto mejor le estaria
 á Isabelita esa boda!
 allí viene, llena toda
 de triste melancolia.
 ¡Me admira cuando la veo!
 Voy con mi maña y palique
 á hablarla de D. Enrique
 y á despertar su deseo.

Escena V.

Juana é Isabel por la izquierda.

ISAB.

JUANA.

Buenos días!

Igualmente!

¿Qué tiene V. Señorita
(Después de un momento de pausa).

que de continuo medita
 siempre doblando la frente
 como fraile en oración?

ISAB.

Pido á Dios con santo celo
 que para alcanzar el cielo
 me conceda contrición.

JUANA.

Pues yo tengo mis barruntos,
 que pega mal á fé mia,
 con el placer de la tia
 vuestro oficio de difuntos.

Y que al verla de esa suerte
dirá el convite, Señora,
que anuncia usted desde ahora
el instante de su muerte.

ISAB.

Y la muerte es en verdad
ese yugo tan profano,
donde no puede el cristiano
conquistar la eternidad.

JUANA.

Aquí para entre las dos,
y de aquesto hay testimonio,
diré que en el matrimonio
se sirve también á Dios.

Y con menos tiranía;
con placer aun mas cumplido:
¡porque es tan bueno un marido!
el colmo de la alegría.

En él cariño encontramos:
mas que cariño quizá:
nos dá gusto... en fin, nos dá
todo lo que necesitamos.

Si á nuestro genio se aviene
no ha y riña, azar ni pelea;
por de dia... nos pasea;
de noche... nos entretiene.

¿Y no se debe trocar,
pues en ello no hay desdoro,
esta vida, por el coro,
por el claustro, y por rezar?

ISAB.

Juana, por Dios; eres loca:
esa existencia que pintas
con tan halagüeñas tintas,
mis sensaciones provoca.

Y es tanta la obstinacion
que acabarás mal mi grado,
por inducirme al pecado
de una mala tentacion.

Nunca ese afecto profundo
he podido conocer,
pues sabes comienzo á ver
por primera vez el mundo.

Dos meses ha, que asustada
me sacaron del colegio
con paternal privilegio
para traerme á Granada.

Doña Aurora, con rigor
me trata: ¿no he de estrañar
ese language, si hablar
á nadie escuché de amor?

JUANA.

¡Esta es otra! Señorita!

¿á qué viene tal enredo!

tener prudencia no puedo

cuando á charlar se me incita.

Usted piensa que cualquiera

sin gran trabajo no vé

que el señorito y usted

se persiguen por do quiera?

ISAB.

Casualidad solamente!

JUANA

Pícara casualidad!

¡Y suspira! Es en verdad

muy cumplido el pretendiente.

ISAB.

Pocas razones no mas

de sus labios merecí.

JUANA.

Pero con gusto!

ISAB.

Eso sí.

JUANA.

Y con ternura!

ISAB.

Vegas

con el tiempo, como no

piensa en Isabel ni sueña.

JUANA.

Si usted en ello se empeña!

ISAB.

¿Pero qué puedo hacer yo?

cuando de aquí á breve rato

vá su union á eternizar,

y á las diez ha de firmar

en esa sala el contrato?

JUANA.

Aun puede ese matrimonio

enérgico deshacer,

que bien puede usted vencer

en lucha con un demonio.

Si esto sucede, á fé mia

que hiciera de buena gana...

D.^a AUR. *dentro*). Isabel; Juanita, Juana,
 JUANA. Silencio: aquí está la tía.

Escena VI.

Dichas y Doña Aurora.

AUR. ¡Pues! aquí en conversacion!
 Alabo tanto despejo.

JUANA. Preparaba á usted el espejo,
 el cosmético... la unción....

AUR. ¡Cómo unción! ¡Qué avilantez!

Cuando á las rosas humilla

el color de mi megilla

y lo blanco de mi tez!

No necesito de amaños

ni de las drogas favor,

pues ostentan su verdor

la frescura de mis años.

Acaso mi gentileza

podrás negar?

JUANA.

Yo lo creó!

AUR.

Gracias á Dios aun poseo
 robusta naturaleza!

Ya sé que la vil perfidia

corre contra mí otras voces;

pero no son mas que coces

hijas solo de la envidia.

Por eso en fuego constante

se quema con tierno afán

el mas cumplido galán;

el mozo mas rozagante!

Y tú niña, ¿porqué callas?

Responde: no te acomoda

que yo termine mi boda!

como en tus cálculos fallas

y no percibes mi herencia,

no me otorgas la razon!

ISAB.

Semejante inculpacion...

AUR.

Es un cargo de conciencia!

Te conozco, y bien colijo

no des á torcer tu brazo!

¡Oh! qué venturoso lazo!

El año que viene, un hijo!

No cederé los derechos

que en justicia alcanzo yá;

y siendo yo su mamá

lo he de criar á mis pechos.

No habrá afán que no me cuadre

por conservarle el reposo;

porque ha de ser tan hermoso,

como es hermosa su madre.

Con él haré ostentacion

y probaré con usura

que aun me resta dentadura

para mascar el turrón.

¿Y te ries, bachillera? (A Juana).

Pues como en otra te alle

te he de de plantar en la calle.

Eh! prontito, vete fuera

y á preparar lo oportuno,

que sabes que vienen gentes;

y á testigos y parientes

quiero dar un desayuno.

Que no haya manjar escaso:

gasta pues, sin omision,

y así verá la reunion

mi rumbo cuando me caso.

JUANA.

Está todo prevenido

hace dos horas ó tres.

AUR.

Me alegre; y tú santa Ines,

vete á mudar de vestido.

JUANA.

(Tengo para mí, Señor,

que esta vieja se condenal)

ISAB.

(Si será esta oculta pena

el principio del amor). (Vase).

Escena VII.

Doña Aurora.

¿Qué significa
 aquesta emocion,
 que el seno palpita
 sin ton y sin son?
 Aquí se rebulle
 mi leal corazon
 haciendo el ruido
 de fuerte esplosion.
 ¿Será que se acerca
 aquella ocasion
 en que colorada
 y envuelta en rubor
 estreche en mis brazos
 al tierno amador?
 Mas yo lo que siento
 es la detencion.

*Algunos convidados atraviesan del foro derecha al izquierda.
 Doña Aurora continúa).*

Pero ya han llegado
 y van al salon
 los buenos amigos
 á quien mi atencion
 traje á que presencien
 la mas casta union.
 Me marchó... me marchó;
 que su adulacion
 resuene en mi oido
 cual dulce cancion.
 Falta en el concurso
 la mas linda flor:
 la rosa fragante,
 que solo soy yó.

Vase foro. Despues de un momento de estar el Teatro solo, sale

por el foro derecha, D. Cosme, muy estropeado).

Escena VIII.

D. Cosme solo.

Por fin piso de mis lares
el suelo fértil y ameno;
¡Oh Granada! Ya en tu seno
está Cosme Valladares!
Y á tiempo llego, ¡ay de mí!
pues si algo mas me retardo,
me encuentro con un petardo
al poner la planta aquí.
Hoy pretende mi muger
sin respeto á mi memoria,
los ojos, cual buey de noria
taparse para no ver.
Buen porvenir hallarás
después de afán tan prolijo!
bien dijo aquel cuando dijo,
Anton, muérete y verás.
Hoy en brazos del amante
á él cuanto tiene deja;
y con la caldera vieja
él comprará otra flamante.
Pero pues yo vivo aun
desbarataré ese plan,
y mi conducta verán
aquí conforme y segun.
Si como ya lo percibo,
mi fortuna fué en aumento,
entonces, sí, me presento
pues por mi dicha estoy vivo.
Si vuelvo á hallar el asunto
pecuniario en mal estado,
el muerto resucitado,
seguirá siendo difunto.
Comerciante al por menor
cuanto tuve derroché
y huyendo luego, burlé

á tanto y tanto acreedor.

Mi Aurora no estuvo inerte;

buscóme de lado á lado,

y entonces desesperado

nuevas corri de mi muerte.

Tres años yá van cumplidos:

y no encontrando recetas

para fabricar pesetas,

viendo rotos mis vestidos,

y de desengaños lleno,

vuelvo, humilde penitente

pues diz que al que se arrepiente

lo quiere Dios por mas bueno.

¡Estoy molido! no es nada! (*Sentándose*).

Venir, diez dias gastando,

siempre pédibus andando

desde Madrid á Granada! (*Ruido dentro*).

¿Mas qué es eso? no malicio!

Qué gritos y que alboroto!

¡Santo Dios! que es lo que noto! (*Mirando*).

¡Cuánta gente! Qué bullicio!

¡Y comen! ¡Desdicha mia!

que es esto que por mi pasa?

Tantos comiendo en mi casa,

y mi barriga vacia?

¡Como engulle a quel enjambre!

¿A que le embisto apostemos?

¿Y que hacer? nada! Pensemos

para divertir el hambre

en el momento gracioso

en que, llena de zozobra,

mi esposa mire que cobra

nueva ecsistencia su esposo.

¿Mas llegan? ¡Es ella, si!

mi política sobrina!

Veremos si á la sordina

algo inquiere desde alli.

Aunque há tiempo no la veo

la recuerdo bien: me escondo.

De mí mismo no respondo

si el lance se pone feo.
(*Se esconde en la izquierda*).

Escena IX.

—
Isabel.

Bien dice Juana: este ardor
que mi triste pecho siente,
esta inquietud permanente,
es el fuego del amor.
En vano busco la calma,
que el incendio no halla dique;
tú solo fuistes Enrique
quien me robastes el alma.
¿Porqué degé del convento
la triste cárcel sombría!
Al menos allí vivía
tranquilo mi pensamiento.
En vano quiero fingir;
en vano su vista arrostro,
pues dice imprudente el rostro
lo que no debo decir.
Y esta pasión que me abrasa
es doblemente fatal,
viendo que soy la rival
de quien me acoge en su casa.
Muera pues, muera en su albor
la luz que un punto ha vivido,
dando por el bien perdido
una lágrima de amor.
Sigamos, pese á mi estrella,
mis inquietudes sufriendo:
¡Cielos santos! Qué estoy viendo!
Es Enrique!

ENR.

Isabel bellat

Escena X.

Isabel, Enrique, y D. Cosme *escondido*.
Dispense usted!

ISAB.

ENR.

¿Se retira
este momento esquivando
cuando la vengo buscando?

ISAB.

Es... que me llaman...

COSME.

(Mentira).

ENR.

Sin embargo; un solo instante
le pido á usted que me atienda:
sufro mucho, y ya la venda
quiero quitar de delante.

ISAB.

(Estoy turbada: qué hacer!)

ENR.

Quiero que mi labio esplotique
un secreto...

ISAB.

¡D. Enrique!

ENR.

Del que puede depender
mi porvenir, mi ventura,
mi entera felicidad!

ISAB.

Si yo puedo...

ENR.

Si en verdad.

ISAB.

Diga usted.

ENR.

Cuando se apura

en el hombre la esperanza,
cuando ciego y sin juicio
vé camina al precipicio,
aun sin tener confianza,
debe alambicar el modo
de vencer en lucha fiera
á la suerte que severa
se lo vá quitando todo.

Isabel, usted no ignora,
que desde muy tierna edad
unió la santa amistad
á mi padre y doña Aurora.

Los años, mas que el olvido
los separaron, y hará
tres que supimos allá
la muerte de su marido.

Aquel recuerdo invocó;
pidió á mi padre dinero
prestado, y él, caballero
siempre, la suma envió.

Con un esmero laudable
halló á fuerza de paciencia
en lugar de la indigencia
un caudal considerable.

Hasta aquí todo es muy obvio:
el hecho está comprendido,
pues su esposo fué un perdido...
(Muchas gracias, señor novio).

COSME.

ENR.

Pero quiso mi desgracia
que doña Aurora en un día
allá fuera, y á la tia
mi persona la hizo gracia.
A mi padre llegó á hablarle:
este enlace insinuó,
y él contento le admitió
y yó... por no incomodarle.
Violento me era este nudo,
y por eso el justo cielo,
me envió para consuelo
á usted que será mi escudo.

Yo...

ISAB.

ENR.

Usted que puede volver
á mi pecho el alborozo.

COSME.

(Si querrá tener el mozo
un serrallo en que escoger)

ENR.

La amo á usted con tierno afán
desde el punto en que la ví;
y si usted me niega el sí,
seguro, me enterrarán.

ISAB.

¡Ay Enrique! ya es muy tarde!
Su padre está consentido,
y ahora...

ENR.

Estoy decidido;
no quiero ser un cobarde:
dueño absoluto soy yó
de disponer de mi mano;
y ante del género humano
á voces diré que nó.

ISAB.

¿Y cómo hallar recurso?
qué dirá entonces mi tia?

COSME.

(No te apures, hija mía;
somos dos para el concurso).

ENR.

No es eso, nó: lo és que fiero
su corazon no comprende
este amor!

ISAB.

Usted me ofende!

ENR.

Con que es decir...

ISAB.

Que le quiero.

¿A qué viene el fingimiento?

En lucha dos meses há,
por usted olvidé yá

la quietud de mi convento.

Le amo á usted á pesar mio

y esta idea me devora:

triunfó usted: mas doña Aurora

es dueña de su alvedrio.

ENR.

Nunca; y á tus plantas juro

consagrarte mi existencia.

ISAB.

Alce usted.

ENR.

A la presencia

voy de mi padre, y el puro

amor que mi pecho anida

confesando reverente,

le haré que elija prudente

entre mi muerte y mi vida.

ISAB.

Dichosa entonces seré

adorado dueño mio,

y sujeta á tu alvedrio

cual tu esclava viviré.

ENR.

Y tú sola mi destine

serás y la clara estrella

á cuya luz clara y bella

del bien hallaré el camino.

ISAB.

Separémonos, no noten

antes de tiempo oportuno

lo que no debe ninguno

saber.

ENR.

Y ya que alboroten

sea al menos con razon.

¡A dios, mi bien: si hoy alcanza

ver cumplida su esperanza
mi entusiasta corazon,
felicidad más cumplida
dudo que nadie posea.

ISAB. Quiera el cielo que no sea
esa esperanza mentida.

ENR. Pronto de dudas saldré.

ISAB. Aquí volveré á buscarte.

ENR. Y yá podré noticiarte
si mi ventura logré.

Escena XI.

D. Enrique *luego* D. Cosme.

ENR. ¡Oh! no quiero retardar
la precisa esplicacion
á mi padre: con razon
en él puedo confiar;
su cariñoso desvelo
que jamás ha desmentido,
podrá encontrar un partido!
Corro pues!

COSME. Pare usted el vuelo
porque no hay necesidad.

ENR. ¿Qué es lo que dice este hombre?

COSME. No extraño que usted se asombre;
pero soy la potestad
que tiene el cabo del hilo,
y por suerte bien atado,
para dejar su cuidado
completamente tranquilo.

ENR. Y quien el que así obvia
este negocio y lo allana?

COSME. El marido de la hermana
de la madre de su novia.

ENR. Mi amigo, no tengo espacio
para escucharle, y concluyo...

COSME. D. Enrique, apesar suyo
me ha de escuchar muy despacio,
y es en ello su interes

- ENR. quien mas ventajas reporta.
Mas otro asunto me importa:
ya nos veremos despues.
- COSME. *(Con ecsaltacion muy cómica).*
¡Que el hombre jamas sucumba
ni aun viendo sus desaciertos!
(Llevándolo á un lado y con mucho misterio).
Hoy abandonan los muertos
para ayudarle, su tumba.
- ENR. Este misterio profundo...
Quién es usted?
- COSME. ¡Ay pesares!
Yo soy Cosme Valladares
que vengo del otro mundo.
- ENR. ¿Está usted loco buen hombre,
y yo que el tiempo me roba...
- COSME. ¡No lo dice mi joroba
aun mucho mas que mi nombre?
Documento positivo
es ello, como usted vé:
la historia, ¡mentira fué,
y no morí... porque vivo.
- ENR. En efecto! Dios piadoso!
Cuan á tiempo me le envia
mi buena suerte!... A fé mia
hoy me hace usted tan dichoso,
que no hallo con qué pagar
nueva de tanta ventura.
Pero... si.—La desventura
habrá logrado cambiar
en usted su inclinacion,
y de todo arrepentido
vuelve el errante marido
para obtener su perdon
á los piés de quien dejó
con su vida relajada
en la miseria olvidada!
Cierto.
- COSME.
- ENR. Pues mi padre y yo,
sirviendo de mediadores,

haremos que doña Aurora,
le devuelva desde ahora
su cariño!

COSME.

A mis dolores

dá usted curacion completa,
y lloro ya como un niño!

Si yo quiero su cariño...
(y mucho mas sus pesetas).

ENR

Vaya; pues le dejo á usted.

COSME.

Hablela usted recio y gordo.

ENR.

Su pecho no será sordo.

COSME.

Mucho lo dudo.

ENR.

No á fé;

mas bien sensible y humana,
en santa union largos dias...

COSME.

(Dios le dé tres pulmonias
desde esta noche á mañana),
que alguien se acerca colijo.

ENR.

Es ella, y quiero evitar...

COSME.

Cuidado...

ENR.

No hay que dudar.

COSME.

Yo me vuelvo á mi escondrijo.

Escena XII.

Doña Aurora.

Abandonando el festin
dejo asustada el salon,
porque aquella cosfusion
juzgo que no tendrá fin.

Tal vez pudiera un malsin
olvidar mi dignidad

poniendo mi honestidad
en un trance vergonzoso
comprometiendo á mi esposo
funesta casualidad.

Luego algun golpe de tos,
resultado del catarro,
con el humo del cigarro
me puede dañar ¡Ay Dios!

¡¡FUNESTA CASUALIDAD!

no permitais haya en pos
de mi tal calamidad,
pues fuera fatalidad
que me pusiera en un brete
y quitarme el colorete
funesta casualidad.

¡Cual me halaga ver la envidia
de tanta y tanta mocosa!
y sin razon! Pues no es cosa!
Culpen solo á su desidia!
Si no abrasan con perfidia,
mirando mi habilidad
aspiran sin vanidad
mi inocente y blando arrullo,
y no que mata su orgullo
funesta casualidad.

El hombre es libre en querer:
mi D. Enrique me adora;
y á fé mia que su Aurora
le sabrá corresponder.
¡Cuanto su gozo ha de ser
cuando su cara mitad
le dé á luz posteridad!
Pero cálmate, alma mia,
no destruya la alegría
funesta casualidad.

¡Ay Cosme! mucho he llorado!
Mucho mas gano en marido:
que este es muy bien parecido
y tu fuiste jorobado!
El cielo te haya salvado:
descansa en la eternidad!
(Se vá á quedar tu veldad
con un palmo de narices,
y veremos si me dices
funesta casualidad).

COSME.

Escena XIII.

Doña Aurora y D. Gaspar.

GASPAR.

Gracias á Dios que la encuentro,

- que en verdad la necesito.
AUR. Tan presiso es el asunto?
GASPAR. Si señora; tan preciso.
AUR. Pero qué ocurre, que pasa?
GASP. Que nos cerca un laberinto del cual no sé como salga, y solo en usted confío.
AUR. Siéntese usted, D. Gaspar.
GASP. Tome un poco de respiro. No puedo sentarme ahora. Atenta ponga el oído porque muy mucho le importa el negocio.
AUR. Estoy en vilo!
GASP. Usted sabe, doña Aurora, que fué usted quien con ahinco hace ya cerca de un año, solicitó que mi chico se casase con usted, envolviendo en su designio encontrar quien escudara su caudal que con el mio pudo usted reconquistar; favor que si ahora le cito, es para que me haga en pago otro, sin voces ni gritos.
AUR. A donde vá usted á parar! hable usted por Jesucristo!
GASP. Accedí entonces gustoso, porque obediente mi hijo, aceptó mi voluntad como precepto divino, ocultando sin embargo que mas que favor, suplicio encontraba en la propuesta. Transcurrió el tiempo preciso y sus labios no ecsalaron en mi presencia un suspiro. Pero llegó á esta ciudad hace dos meses cumplidos,

y al propio tiempo llegó!
 y aun por el mismo camino,
 su dulce y bella sobrina,
 que es de virtud un prodigio!

AUR.

¡Ay San Alberto! ¡San Juan!
 ¡San Canuto! ¡San Sulfino!
 Ya voy comprendiendo aora!

GASPAR.

Acabe usted por San críspulo!
 Pues señor, á la muchacha
 gustole el sevillanito,
 y á él tambien le robó el alma
 Tanta gracia y tanto echizo.
 En fin, por no ser molesto;

callado se han mantenido,
 alimentando en el alma
 la flecha del Dios cupido,
 hasta hoy que se entendieron,
 resultando amor tan vivo,
 en entrambos licitantes,
 que se han jurado contritos
 vivir uno para el otro
 en blandas redes cautivos.

AUR.

Ay que me dá!... que me dá!...
 Ay que tremendo vaidol!
 mi novio, quiere mi novio!
 yo no le suelto que es mio!
 Pícara, infame sobrina...
 ladrona... infiel basilisco!
 Yo te arrancaré las greñas
 las uñas y los colmillos!
 Que la tuesten! que la tuesten!
 Que no ecista el santo oficio!
 Que dolor! que desconsuelo!
 Tengame usted que vacilo!

GASPAR.

Señora, téngase sola
 ó mire usted que la tiro!

AUR.

¡Ay papá! por compasion!
 Deme usted á mi Enriquito!

GASPAR.

Señora! en estos negocios
 es primero el albedrio

de la parte contrayente,
y él no quiere, lo repito,
dejar un ramo de flores
por un tróncο carcomido.
Además no es esto solo;
su esposo de usted ha venido.

AUR.

Cómo venido, mal hombre,
siendo ya cadáver frío!

GASP.

Pues no es cadáver, señora,
porque es vivo y muy vivo!

AUR.

Son mentiras, son embrollos,
que usted á fraguado, bandido,
para eludir diestramente
el tratado compromiso.

Pero no, no me acobardo;
porque he de armar tal ruido,
que se ha de escuchar seguro,
en Filadelfia mis gritos.

GASP.

Pues grite usted cuanto quiera
porque ya le he prometido
bajo palabra de honor
muy seriamente á mi hijo,
que no siendo la codicia
lo que dió causa ó motivo
al tratado casamiento,
de mi proyecto desisto.

Primero que comerciante
soy padre caritativo.

Y en fin, quiere usted tener
por ventura dos maridos?

AUR.

No lo desdeñara yo
si eso fuera permitido.

Pero es un lazo capcioso
el anuncio intempestivo
de aquesa resurreccion
y del muerto aparecido.

COSME.

(Saliendo) No, querida, y á tus plantas
yo confieso mis delitos,
y te pido absolucion
de todos arrepentido.

Escena XIV.

Dichos D. Cosme, despues Juana, luego Isabel y D. Enrique.

AUR. Aparta, infausta joroba,
que evocaron los abismos;
quita, tremenda fantasma,
diablo en hombre convertido!
toma la marcha al infierno,
que me dás un parasismo.

COSME. No soy sombra ni fantasma;
soy tu dueño, que advertido
vuelve en alas del amor
á recobrar el dominio
que en tu pecho egercer debe
por deber y por cariño.
(¡Que arrugado tiene el cutis!
Si parece un pergamino!)

GASP. Con que vamos doña Aurora;
treguas dé usted al conflicto,
y abrace usted á su esposo.

AUR. ¿Yo abrazar á quien mohino
en la miseria me deja,
y vuelve cuando en su nido
el mas cándido palomo
me arrullaba con su pico?
Ya no tendré, cual contaba
en tres años cinco hijos.

COSME. Pero en fin!...

GASP. En fin...

AUR. Que hacer,

si no tengo otro camino!
Pero á la vívora impia
de mi sobrina, preciso,
la he de hacer quiera ó no quiera
que desista, pues desisto.

¡Yo llevarme un estafermo...
(Que es muy digno de un vestiglo)...

COSME.

AUR. Y ella sacar en la lucha
un mozo como un palmito!

GASP.

AUR.

Que venga! que venga aquí!
Doña Aurora!

Yo lo ecsijo!

Basta ya de aflicciones!

Juana! Juana! Aquí prontito!

Dile á Isabel que la llamo.

Prudencia!

GASP.

AUR.

Ven, basilisco!

Dí, gasmoña, hipocritona;

¿acaso te enseña el rito

que se estudia en el convento,

un proceder tan inicuo?

He de hacer...

ENR.

Nada Señora,

pues que yo llevo en su auxilio;

y antes que usted la maltrate,

veremos cuantas son cinco.

AUR.

Por fin; no quiero tener

el corazon como un risco.

Que se case; yo la doto

con caudal y con marido.

(Mira que jayán te llevas

y el sátiro que conquisto.)

GASP.

COSME.

AUR.

Eso es hablar con razon.

Siempre esperé yo lo mismo.

Juanita, diles que vengan

al notario y los testigos

pues no he de dejar la obra

en la mitad del camino.

JUANA.

Ellos aquí se acercaban

de sus voces atraídos.

Escena XV.

—
Todos los personajes y coros.

AUR.

Señores, ya la funcion

tuvo término preciso:

no soy yo la que me caso

pues tuve secreto aviso

de que mi esposo vivia

en apartado retiro:
 pero para celebrar
 este su dichoso arribo,
 y para dar á Isabel
 por esposo este Narciso,
 reuni á ustedes en mi casa
 con diverso colorido,
 para darles la sorpresa
 que en sus semblantes ya miro.
 (Por tí, Cosme, esta mentira
 encajo: ¡mal sinapismo!)
 Conqué en tus brazos mi bien
 veré mis votos cumplidos?
 Dichosa mil veces yó
 pues que tu afecto conquisto.
 Todo, Isabel, lo debemos
 á la bondad y buen juicio
 de mi padre y de tu tia
 que son modelos cumplidos
 de abnegacion y ternura,
 benevolencia y cariño.
 Aquí para entre los dos
 tenga usted presente amigo
 que lo mismo que el ahorcado
 vá por la fuerza contrito,
 así tambien mi hermosura
 sucumbe, no por capricho,
 sino por que vino el otro
 que nunca hubiera venido:
 por esto y no por bondad
 hoy te calzas tal marido
 pues que te ha favorecido
 funesta casualidad.
 (Los últimos cuatro versos son á Isabel y aparte).

FIN.